

Psicoanálisis y Comunidad

Psicoanálisis y comunidad

*Ricardo Bernardi**

Resumen

El trabajo examina los aspectos positivos y negativos de la relación del psicoanálisis con 1) la comunidad académica y profesional, 2) con el mundo cultural y artístico, y 3) con la comunidad general y sus sectores más problemáticos. Si bien el psicoanálisis ha desarrollado una firme identidad hacia el interior de la disciplina, su status profesional y académico no ha sido formulado ni transmitido con suficiente claridad a la comunidad universitaria, a las instituciones relacionadas con la salud mental, y a la población en general. Esta situación pudo responder a las necesidades de otra época, pero hoy día estas definiciones poco claras no resultan beneficiosas para nuestra disciplina ni para la comunidad. En el campo de la cultura se sugiere la conveniencia de fortalecer un verdadero diálogo interdisciplinario, comenzando por el debate abierto de los supuestos filosóficos y culturales que están presentes en forma subyacente en nuestras múltiples teorías psicoanalíticas. Por último, se señalan ciertas áreas de la comunidad latinoamericana que presentan problemas críticos; se discute cuál podría ser el aporte del psicoanálisis a este respecto, y los efectos beneficiosos que el enfrentar estos desafíos podría tener para las sociedades psicoanalíticas.

Summary

The paper examines the positive and negative aspects of the relation of psychoanalysis with: 1) the academic and professional community, 2) the cultural and artistic community, and, 3) the community in general, and its most problematic groups. Even

* Miembro Titular de APU. Dom. Santiago Vázquez 1140, tel. 709 23 82.
E-mail: bernardi@chasque.apc.org

though psychoanalysis has developed a strong identity within the discipline, its professional and academic status has not been defined or transmitted clearly enough to the university community, and to the institutions relating to mental health and to the population. Perhaps this situation arose as a response to the needs of other times, but nowadays such unclear definitions are neither a benefit for our discipline or for the community. Regarding the field of culture, this paper suggests the convenience of reinforcing a truly interdisciplinary dialogue, starting with an open debate of the underlying philosophical and cultural assumptions of our diverse psychoanalytic theories. Finally, some areas within the Latin American community that show critical problems are pointed out, followed by a discussion on what could be the contribution of psychoanalysis to this respect, and on the beneficial effects that facing these challenges may have for the psychoanalytic societies.

El título de esta sesión plenaria:¹ “Psicoanálisis y Cultura: entre el diván y la comunidad” nos invita a ir más allá de la intimidad del trabajo en el consultorio para dirigir nuestra mirada a las múltiples tareas que pueden darse en el espacio de la comunidad. La frase contiene, pues, una propuesta, cuyas ventajas y dificultades corresponde analizar. Pero antes de hacerlo conviene que nos detengamos un momento para preguntarnos sobre el marco conceptual desde el cual se da esta reflexión sobre las relaciones entre el diván y la comunidad.

Lo que se impone a primera vista es que estas relaciones son complejas, pues se dan en múltiples niveles. De alguna forma la comunidad está siempre e inevitablemente presente en el diván, en la medida en que el paciente trae consigo sus múltiples relacionamientos sociales, y el análisis se teje en el entremedio de la sutil dialéctica entre mundo interno y mundo externo. Alianza de trabajo y transferencia por un lado, escucha y contratransferencia por otro, son vertientes de la relación analítica que recrean dentro de la sesión los núcleos conflictivos que se dan en la malla social. Tampoco el analista puede desprenderse de su pertenencia social: neutralidad no significa ajenidad, y ni siquiera anonimato. Más aun, como señalan Wender y Puget, los mundos de analista y paciente pueden superponerse entre sí y esta superposición

¹. Una versión preliminar de este trabajo fue presentado al XXIII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis. “Psicoanálisis y Cultura” (Gramado, Brasil, 3-9 de setiembre de 2000).

producir efectos en el análisis. El analista sólo puede analizar desde su particular ecuación personal, de la cual forma parte su forma personal de insertarse en la sociedad.

Pero así como podemos decir que ponemos a la comunidad en el diván durante la sesión, también es necesario tener presente que el psicoanálisis es parte de la sociedad y de la cultura actual. El lugar que ocupa el psicoanálisis en la cultura actual contiene, como todas las cosas de esta vida, luces y sombras. Del lado de las luces podemos señalar que el psicoanálisis significó un método psicoterapéutico pionero, que en nuestros países revolucionó en muchos aspectos la salud mental, dando origen a un perfil profesional original. En cuanto teoría influyó marcadamente en la visión que el hombre occidental tiene de sí mismo, dando un nuevo espesor a esta visión. Pero junto con las luces están las sombras, que debemos también examinar. La sociedad ha cambiado y las respuestas que antes eran válidas no necesariamente siguen siéndolo hoy. Surgen nuevos retos, que nos obligan a cuestionar soluciones que dábamos por inmutables.

Desearía analizar este claroscuro desde tres perspectivas complementarias: la relación del psicoanálisis con la comunidad profesional y académica, en primer lugar, con el mundo cultural y artístico, en segundo lugar y, por último, con la comunidad en general, en especial sus sectores más carenciados y sus áreas más problemáticas.

La palabra comunidad nos exige una precisión adicional. Si nos retrotraemos al sentido original de la palabra comunidad (*Gemeinschaft*) vemos que acentúa aspectos diferentes a los que evoca la palabra sociedad (*Gesellschaft*). Al proponer en 1887 esta distinción, F. Tönnies destacaba el carácter natural y dinámico de los lazos comunitarios, frente a los aspectos más racionales y mecánicos de la sociedad. Este matiz se ha conservado y hoy, al hablar de comunidad, estamos poniendo el énfasis en las redes sociales naturales de las que forman parte los individuos.

1. La inserción profesional y académica del psicoanalista

Las sociedades psicoanalíticas han logrado crear hacia su interior una identidad profesional firme y valorada. No han logrado, en cambio, transmitir al mundo académico y a la población en general una definición clara de qué tipo de profesional es un psicoanalista y cuál es el sistema de acreditación y certificación que sostiene este título. Este problema pasa desapercibido mientras los grupos psicoanalíticos son pequeños y están bien identificados por la población, pero a medida que la práctica del

psicoanálisis se extiende por fuera de los grupos originales, se generan situaciones más complejas.

¿Quién es hoy psicoanalista? Mientras para nuestras Sociedades psicoanalíticas están claras las exigencias que justifican la acreditación de un Instituto de psicoanálisis y los requisitos de formación que los candidatos deben cumplir para obtener la certificación correspondiente, para la población en general no es en absoluto fácil orientarse ante una oferta profesional en la que la denominación de psicoanalista no ofrece muchas veces otra garantía que la de la propia autorización de quien la ostenta. Esta carencia de un sistema de acreditación y certificación se acompaña de la dificultad creada por la falta de un marco oficial regulatorio de la práctica de la psicoterapia, lo cual da a este problema un alcance más general. La proliferación de prácticas psicoterapéuticas con un nivel de capacitación muchas veces insuficiente se convierte en un problema serio a nivel del campo de la salud mental, en tanto puede llevar al descrédito instrumentos útiles, como lo son el psicoanálisis y la psicoterapia, en la medida en la que se ejercen sin garantías de idoneidad.

Ante estos problemas conviene comenzar por examinar nuestras propias indefiniciones. ¿Se aproxima el psicoanálisis a una profesión independiente o constituye una especialización de otras profesiones relacionadas con la salud mental? ¿Su nivel académico es equiparable al de una especialización profesional, o al de un postgrado académico, como por ejemplo, una maestría o un doctorado? ¿Cuál debe ser nuestra relación con el sistema de salud? Estas ambigüedades ya no son más una ayuda. Podemos pretender prescindir de este tipo de preguntas y sostener que nuestro status único nos coloca por fuera o por encima de todo marco existente profesional académico o sanitario, pero en ese caso debemos estar concientes de dos riesgos. En primer lugar, estamos alentando a otros grupos o personas a colocarse también por fuera de todo marco regulatorio, con las consecuencias poco alentadoras que hemos señalado en el párrafo anterior. Al mismo tiempo, al reclamar una situación de excepción fomentamos nuestras propias idealizaciones, promovemos la ruptura del diálogo interdisciplinario y generamos mecanismos poco transparentes que terminan favoreciendo mecanismos de poder encubiertos en el interior de las instituciones psicoanalíticas.

Afortunadamente, en muchas Sociedades psicoanalíticas latinoamericanas es posible percibir una respuesta decidida a algunos de estos problemas. Así, podemos observar convenios con el sistema educativo para establecer maestrías o doctorados, proyectos para dar a nuestros Institutos el reconocimiento oficial como institutos universitarios,

ideas aún en germen de constituir maestrías de carácter latinoamericano o interregional, o contar con cuerpos docentes de carácter internacional, como ocurre en la IPA en el campo de los cursos sobre investigación. Ciertas sociedades están estudiando la posibilidad de solicitar la inclusión del psicoanálisis dentro de los sistemas públicos y privados de salud, lo cual exige definir con claridad el tipo de pacientes para el cual consideramos que el psicoanálisis constituye el tratamiento indicado. Algunas Sociedades han iniciado gestiones ante las autoridades correspondientes para clarificar el alcance de la denominación de psicoanalista, especificando los requisitos que caracterizan a los integrantes de las Sociedades componentes de la IPA. Este reconocimiento es sin duda la base para una mejor información de la población y para cualquier gestión o convenio con el sistema de salud. Del mismo modo, la inclusión de las revistas psicoanalíticas en los índices bibliográficos internacionales (que es interés actual de algunas de nuestras Sociedades) es también una forma de insertar al psicoanálisis en la comunidad científica y de promover el que los trabajos publicados tengan valor para las evaluaciones académicas.

En un encuentro organizado en 1999 por el Comité de Psicoanálisis y Sociedad de la IPA (que está presidido por Claudio Eizirik), los Centros psicoanalíticos de atención y difusión de la región intercambiaron sus experiencias. Surgió la idea, aún en sus inicios, de la posibilidad de estudios multicéntricos –similares a algunos en curso del hemisferio norte– que investiguen los resultados a corto y largo plazo de los tratamientos realizados en los centros; esto puede brindarnos un nuevo elemento para el diálogo con la comunidad científica.

Me excuso por no mencionar otras iniciativas, pero mi intención es tan sólo señalar ciertos puntos que merecen atención en la forma como nos relacionamos con la comunidad académica y profesional. Sin duda, cualquiera de los proyectos mencionados implica un tránsito largo, difícil y azaroso, pero ciertamente no hay camino más inaccesible que aquél que no se intenta recorrer.

Tal vez alguien pueda preguntar, ‘¿Pero es que todo esto nos va a ayudar a ser mejores analistas?’ Es posible que no, aunque creo que a todos nos beneficiaría revisar ciertas idealizaciones y posturas de desconocimiento de la alteridad que subyacen a muchas de las situaciones de aislamiento que conducen a los problemas mencionados más arriba. Me refiero en especial a la situación de desinformación en la que se encuentra la persona que desea o necesita psicoanalizarse. Creo que el fin primordial de todas las acciones que he mencionado está en último término dirigido en beneficio de la

población, la cual tiene derecho a una mayor y mejor información sobre los tratamientos disponibles, y necesita garantías sobre la capacitación del profesional en cuyas manos se pone.

2. La inserción en la comunidad artística y cultural

A diferencia de lo señalado en el punto anterior no podemos decir que los principales temas propuestos por el psicoanálisis a principios del siglo sean ajenos al acervo cultural del mundo actual. Estos temas reaparecen sin pausa en distintas manifestaciones del pensamiento actual, en la filosofía, el arte y la literatura, el cine y los medios. Esta difusión no se dio sin pagar el precio de una cierta trivialización. El inconciente es aceptado sin dificultad, mientras se trate de una referencia intelectual. Esto es en cierta medida inevitable, pero nuestra tarea primordial se sigue dando en otra dimensión: la de mantener abierto un acceso al inconciente en tanto capaz de producir efectos, es decir, como factor de cambio psíquico. Es desde esta perspectiva que el diálogo con el mundo cultural se vuelve más específico.

El psicoanálisis nació como un instrumento de cambio en situaciones de sufrimiento psíquico. A lo largo del siglo pasó a ser también otras cosas y a formar parte de las cosmovisiones que alimentan la cultura actual. Desde el punto de vista sociológico se ha señalado que el diván legitimó un espacio íntimo para hablar de sí mismo, que el hombre del siglo XX no encontraba en una sociedad cada vez más masificada. Corrió, así, el riesgo de convertirse en un nicho para ponerse a salvo de las inclemencias de la vida, en el que se podía tener lugar una comunicación “segura”, como decimos sexo “seguro”, es decir, sin los avatares que trae consigo la comunicación en el mundo exterior. Pero sobre el final del siglo la misma legitimidad del espacio psicoanalítico comenzó a quedar cuestionada, reclamando los pacientes tratamientos cada vez más rápidos y puntuales, que no pongan en juego la subjetividad.

¿Crisis del psicoanálisis? ¿Crisis de la cultura? Más bien período de cambios y de contradicciones, en el que no es fácil encontrar el camino. El arte nos ofrece objetos o relatos fragmentados, muchas veces opacos, expuestos ante un espectador invitado a participar de la misma exhibición a la que asiste. La filosofía del fin de siglo no nos señala un camino fácil hacia la verdad. Por un lado nos enfrenta al camino deconstructivo del postestructuralismo, o a los esfuerzos por encontrar nuevos criterios desde el pragmatismo o desde la perspectiva hermenéutica, pero siempre sin dejar del todo atrás el telón de fondo del relativismo. Las corrientes del fin de siglo cuestionan el

alcance de la razón, tal como lo entendía el humanismo iluminista. ¿Tiene el psicoanálisis algo para decir frente a este debate que nos atraviesa y se refleja en muchas de nuestras discusiones teóricas y clínicas?

No creo que nuestra participación deba reducirse a repetir nuestros conocimientos psicoanalíticos teóricos, ya bastante diseminados por todas partes. Tampoco creo que sea útil devolverle en espejo al mundo cultural las ideas que de él hemos recibido. Es posible que existan distintas vías de avance posibles, pero quisiera centrarme en una que considero particularmente útil. Me refiero a una forma de diálogo con la comunidad intelectual que comienza por el diálogo con nuestros propios supuestos filosóficos e ideológicos. Las grandes corrientes del pensamiento actual tienden a influir en las formas que toman nuestras ideas teóricas y técnicas. Muchas veces las discrepancias a nivel teórico o clínico no se originan tanto en los fenómenos que observamos, como en las premisas –no siempre explícitas– de carácter filosófico o ideológico que subyacen al modo en el cual encaramos los problemas psicoanalíticos que están en discusión. Debemos, pues, abrir un espacio, personal y colectivo, que nos lleve a interrogarnos sobre las razones que nos llevan a adoptar dichas premisas de raíz filosófica, y que nos permita exponer y debatir cuáles son los beneficios que estos supuestos nos aportan para una mejor comprensión de nuestra experiencia clínica.

Estas premisas de orden filosófico que atraviesan nuestra disciplina no son difíciles de identificar. Observemos, por ejemplo, las primeras confrontaciones que se dieron en la Sociedad uruguaya entre el pensamiento kleiniano, dominante en aquel momento, y el pensamiento lacaniano, representado por S. Leclair. Vemos que en forma explícita se hace referencia a un debate entre una teoría de la mente basada en Brentano, y una posición influida por el estructuralismo, en la que los conceptos de intencionalidad, de mundo interno, o de un adentro y un afuera, resultaban cuestionados. Las corrientes postestructuralistas trajeron nuevas influencias, y encontramos así nuevas formas de pensar ciertos conceptos como los de construcción/deconstrucción, de racionalidad o verdad, que influyen en nuestra manera de concebir el análisis. Lo mismo vale para otros pensadores, tales como Habermas, Rorty o Davidson, entre muchos. Del mismo modo nos llega la influencia de otras disciplinas como, por ejemplo, la historia, cuando cuestiona la relación entre hecho histórico y narración. Incluso campos tan distantes como la teoría del caos, dejan sentir su influencia, y es lógico que sea así, pues las fronteras que separan las disciplinas no son barreras infranqueables. Pero, ¿estamos autorizados en tanto analistas a opinar en cuestiones de filosofía, lingüística, historia o

física? Ciertamente no, excepto en un punto. Creo que tenemos el derecho, y diría más, el deber, de decir en qué medida esos conocimientos o modelos suscitan en nuestra propia disciplina conceptos y modelos útiles. Pero esto supone algo muy distinto a una simple adopción de los conceptos provenientes de las otras disciplinas: implica el transformar estos conceptos en función de nuestra matriz disciplinaria y ponerlos a prueba, tanto a nivel clínico, como en el debate teórico, confrontándolos con los provenientes de otros modelos.

Quisiera poner un ejemplo. Tomemos una afirmación que creo que refleja un punto de vista nada raro en la década de 1960 en el Río de la Plata: “Lo correcto es integrar los procesos concientes e inconcientes dentro de un solo proceso dinámico regido por una sola lógica: la dialéctica”.² Si pasamos al momento actual, encontramos reiteradas afirmaciones, en especial en las corrientes de inspiración lacaniana, que sostienen que la división del sujeto determinada por la radical heterogeneidad del inconciente no admite ser superada por ningún tipo de proceso de integración. Podemos rastrear sin demasiada dificultad las influencias hegeliano-marxistas en un caso, y estructuralistas o postestructuralistas en el otro, que están presentes en las formulaciones psicoanalíticas mencionadas. Esto es algo común en toda disciplina científica que se inspira en ideas de muy variado origen para formular sus hipótesis. Pero el valor de esas hipótesis no depende de la fuente de la que provienen, sino de su valor específico para dar cuenta de la experiencia propia de cada campo científico. En el caso del psicoanálisis, nuestra tarea en tanto analistas no consiste en pronunciarnos sobre las ideas filosóficas subyacentes en sí mismas. Tampoco es útil tomar el prestigio de estas ideas como argumento de autoridad en nuestro campo, pues esto nos vuelve extremadamente vulnerables a los fenómenos de la moda. Pero, en cambio, sí podemos argumentar las ventajas y desventajas que trae para nuestra comprensión clínica y nuestra práctica terapéutica cada una de estas posiciones. Yo argumentaría, por ejemplo, a favor de la existencia de procesos dialécticos (en un sentido tal vez más amplio que el de Bleger) que relacionan los procesos inconcientes y concientes, y lo haría también a favor de la existencia de procesos de integración a nivel de la subjetividad de cada individuo, sosteniendo que estos procesos poseen relevancia clínica y teórica. Sin duda existen opiniones autorizadas en sentido contrario. Si logramos organizar estas discrepancias en forma de debates que nos permitan avanzar en cuanto a los puntos en discusión, las posiciones sobre ellos y los argumentos que las sustentan, y, sobre todo si logramos

². José Bleger, 1969 (1963). *Psicología de la Conducta*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, p. 282.

cotejar estas distintas argumentaciones en la clínica, creo que encontraremos un camino útil para participar, con voz propia, en las controversias que atraviesan la cultura actual.

En realidad esta doble confrontación –a nivel de las premisas filosóficas y de los hechos clínicos– no es fácil de realizar. Las divergencias no explícitas a nivel de los supuestos, en vez de servir para aclararlos y ponerlos a prueba, muchas veces se convierten en tomas de posición a priori que obstaculizan nuestras discusiones teóricas y clínicas. Creo que aún no hemos logrado una verdadera cultura del debate, que nos permita sacar a luz las premisas que subyacen a nuestras posiciones, desarrollar las líneas argumentativas que las sostienen, y discutir en torno a puntos clínicos y teóricos bien especificados las razones a favor y en contra de cada una de ellas, manejando la posibilidad de hipótesis alternativas. Si no fomentamos este debate corremos el riesgo de que se acentúe el aislamiento entre las distintas corrientes psicoanalíticas y de que el diálogo se restrinja a quienes comparten los mismos supuestos. No es fácil crear un campo argumentativo común, pues las premisas implícitas hacen que ciertas ideas parezcan autoevidentes, o que se generen argumentos de autoridad que hacen difícil encontrar criterios compartidos para el debate.

Pero es preciso ser conscientes de que en la medida en que logremos una mayor explicitación del valor heurístico que distintas ideas del pensamiento actual tienen para nuestra labor analítica podremos realizar una devolución enriquecedora para nuestra cultura. Al cotejar su utilidad para la comprensión clínica lo que estamos devolviendo al pensamiento actual es el valor que esas ideas tienen para generar conceptos psicoanalíticos capaces de operar y transformar la realidad psíquica.

Llamaría “trabajo de la interdisciplinariedad” a este tránsito de los conceptos a través de distintas disciplinas que les imponen las características propias de cada campo. En algunos casos ciertos conceptos son reformulados totalmente, perdiendo la nueva acepción su pertenencia a la disciplina original, como ocurre con el concepto de “significante” en Lacan. Un caso más interesante ocurre cuando ciertas ideas son trabajadas por dos o más disciplinas en una forma tal que los aportes, si bien están realizados desde el lenguaje propio de cada una de ellas, siguen siendo relevantes para las otras. David Liberman se propuso un trabajo de este tipo, con conceptos tomados de distintas disciplinas relacionadas con la comunicación. En realidad, como puede verse con más claridad en el punto siguiente, son múltiples los conceptos en los cuales el psicoanálisis puede realizar un aporte en este trabajo de la interdisciplinariedad.

3. La comunidad en general y los sectores carenciados

Los problemas dominantes en la salud mental de nuestra comunidad latinoamericana no son difíciles de identificar: la infancia expuesta a riesgos múltiples, que operan en forma acumulativa en los sectores pobres, los problemas de identidad de la adolescencia agravada por la desorganización familiar y por la inseguridad laboral, la crisis en las pautas de organización familiar, la violencia creciente, la inadecuada atención a las necesidades de la tercera edad. La respuesta sanitaria es por lo general parcial, descoordinada, con insuficientes acciones preventivas y de rehabilitación, con un excesivo énfasis en las terapéuticas farmacológicas y un descuido de los recursos psicosociales. Más importante aún, muchos de estos problemas, más que de las acciones a nivel del sector salud, son subsidiarios de políticas sociales de carácter más general.

¿Qué puede ofrecer el psicoanálisis frente a este panorama? Las acciones individuales o los programas que las Sociedades pueden desarrollar tienen indudable valor, al menos testimonial. Pero, ¿es posible lograr un efecto multiplicador? ¿Cómo pueden ponerse los conceptos psicoanalíticos al servicio de las acciones que los problemas mencionados requieren?

Creo que un puente posible pasa por poner en relación los conocimientos del psicoanálisis sobre el cambio psíquico con los esfuerzos transformadores que se dan en la sociedad. La comunidad tiene sus mecanismos espontáneos de enfermar y de curar. Más allá de las distintas técnicas psicoterapéuticas y de los recursos farmacológicos, existen en las redes sociales factores que promueven el crecimiento mental o que tienden a inhibirlo o destruirlo. De hecho, el psicoanálisis aspira a que la persona que termina su tratamiento, haya podido conservar e incrementar sus posibilidades de amar y de crear, esto es, de mantener su salud. En este campo analistas y no analistas enfrentamos problemas comunes.

Numerosos psicoanalistas han trabajado a lo largo del tiempo en esta dirección, y tal vez deberíamos intentar formular una teoría de mayor nivel de generalidad del cambio psíquico, que busque dar cuenta de las transformaciones debidas no sólo a los tratamientos psicoanalíticos, sino también a los diferentes factores que operan en la sociedad. Para ello deberíamos tomar en cuenta el aporte de distintas disciplinas, pero sin perder de vista el espesor de la concepción psicoanalítica sobre la psiquis.

Quisiera poner dos ejemplos de este tipo de contribución del psicoanálisis, uno en un área donde ya mucho ha sido hecho, y otro donde creo que la tarea aún es incipiente.

Analistas y no analistas tenemos cada vez más un mayor conocimiento sobre los factores que ayudan o perturban el desarrollo humano y la relación temprana del niño con sus cuidadores. Distintos estudios directos, así como los datos de la epidemiología tienden a confirmar las hipótesis psicoanalíticas sobre los factores traumáticos en el desarrollo, y al mismo tiempo sirven para formular acciones preventivas. Disponemos también de promisorios estudios, como, por ejemplo, los referidos a la resiliencia o el apego, que pueden servir de puente entre los distintos campos, siempre que evitemos la transposición mecánica de los conceptos. Disponemos, pues, de una rica tradición de conceptos que nos permiten ver los problemas del desarrollo desde una perspectiva psicoanalítica traducible en acciones a nivel de la comunidad. Sin embargo, esta perspectiva está por lo común ausente de la formación que brindan nuestros institutos, como si el alcance del psicoanálisis se agotara en el diván. Este es un aspecto sobre el que volveré enseguida.

En el otro extremo, el tema de la calidad de vida es un ejemplo de áreas donde aún hay mucho para hacer y donde puede iniciarse un promisorio trabajo interdisciplinario. Encontramos este concepto en trabajos psicoanalíticos que buscan por medio de él aclarar la misión del análisis y también lo encontramos en forma creciente en todo el campo de la salud. La tecnología médica, que ha sido extremadamente eficaz para prolongar la vida, ha dejado abierta la pregunta acerca de cuál es el tipo de sobrevida que se logra. La Organización Mundial de la Salud ha propuesto en los últimos años un instrumento para evaluar la calidad de vida (Whoql) que incluye diferentes dimensiones, entre ellas una referente al sentido de la vida y a la dimensión de la espiritualidad. Este último aspecto fue introducido a pedido expreso de los países del tercer mundo, que creen que es necesario reconocer las diferentes concepciones sobre la vida que pueden tener distintas comunidades o personas. Se abre así nuevamente un espacio para la subjetividad, afirmándose tanto el peso de las condiciones de vida sobre la vida psíquica como el papel transformador que el cambio psíquico puede desempeñar sobre las condiciones de vida.

Con estos ejemplos –que van de la intimidad de la relación madre-bebé a la concepción que las distintas comunidades tienen de sobre su forma de vida– quiero mostrar un campo que está abierto para el psicoanálisis. Esta apertura debe ser reforzada en el interior de nuestras Sociedades, de modo que ellas puedan participar más, tanto en la acción directa que están realizando, ya muchos analistas en la comunidad, como para

potencializar una reflexión teórica que enriquezca estos temas y también nos enriquezca.

¿Qué podemos concluir de lo expuesto? Creo que observar al diván desde la comunidad es tan necesario como mirar a la comunidad desde el diván. Visto desde la comunidad y resumiendo lo dicho, el psicoanálisis tiene en sus manos posibilidades ciertas de incrementar su presencia en ella y de realizar una mayor contribución. Como dijimos, esta mayor presencia va desde el campo de la identidad profesional, hasta el diálogo con la cultura y con los problemas de calidad de vida de nuestras comunidades latinoamericanas. Pero debemos dejar entrar estos problemas en nuestras Sociedades. Si estos temas no están presentes en las discusiones científicas y en la formación de los candidatos, puede ser que pongamos a la comunidad en el diván, pero ciertamente no pondremos al diván al servicio de la comunidad.

Por todo lo dicho, más que preocuparse por mantener ciertas formas o ideas rituales, el psicoanálisis necesita, antes que nada, mantener viva su eficacia como instrumento de cambio psíquico. Si postulamos un inconciente es precisamente por su capacidad para producir efectos. Por eso existe el diván y debemos mirar desde él la realidad psíquica. Pero también necesitamos mirar lo que ocurre en la sociedad y revisar permanentemente nuestras formas de inserción, buscando una participación más eficaz que esté al servicio de una mejor calidad de vida colectiva y de un mayor respeto a la peculiaridad de cada existencia humana.

Notas

1. Una versión preliminar de este trabajo fue presentada al XXIII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis: “Psicoanálisis y Cultura” (Gramado, Brasil, 3-9 de setiembre de 2000).
2. José Bleger, 1969 (1963). *Psicología de la Conducta*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, p. 282.